

ADAM SMITH: LOS CONCEPTOS DE NATURALEZA HUMANA Y GOBIERNO EN LA TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES

OSCAR MERTZ, *Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica.*

I. INTRODUCCION

En general, la concepción de Adam Smith sobre el gobierno y sus funciones se deduce de la *Riqueza de las Naciones*. En esta obra, el gobierno aparece como un instrumento que puede fomentar o impedir el desarrollo económico, permitiendo que prospere el sistema de libertad natural, o manteniendo políticas mercantilistas, respectivamente.

Milton Friedman, por ejemplo, se pregunta por el papel que debe asignarse al gobierno, y afirma que "no es fácil perfeccionar la respuesta que Adam Smith diera a esa interrogante hace 200 años".¹ Luego cita un párrafo de la *Riqueza de las Naciones*, donde Smith plantea que, según el sistema de libertad natural, el soberano debe ocuparse solamente de tres obligaciones que son defensa, administración de justicia, y la formación y mantenimiento de las obras públicas e instituciones que beneficien a toda la sociedad y no sólo a ciertos individuos o grupos.²

Por su parte, Joseph Cropsey sostiene, que en el sistema de Smith, la estrecha unión entre economía y filosofía política tiende hacia el eclipse de la última.³

Desde el punto de vista económico, esta definición de las funciones del gobierno bien puede resultar difícil de perfeccionar, y justificable el eclipse de la filosofía política. Sin embargo, surge un problema si es que se considera que tales deberes son todo cuanto le corresponde hacer al gobierno a fin de promover la felicidad humana. Dado que Smith sostiene que todas las Constituciones "son valoradas sólo en la medida en que tiendan a promover la felicidad de aquellos a quienes gobiernan", y que este es "su único y exclusivo uso y fin" (305-306),⁴ el presente trabajo tiene como finalidad analizar *La Teoría de los Sentimientos Morales*, con el objeto de descubrir, en primer lugar, cuál es el concepto de Smith con respecto a la felicidad humana. La dilucidación de este problema nos lleva necesariamente a

1 Milton Friedman, *Free to Choose* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1979), p. 28.

2 Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (New York: the Modern Library Edition, 1937), p. 651.

3 Andrew Skinner y Thomas Wilson, ed., *Essays on Adam Smith* (Oxford: Clarendon Press, 1975), p. 132.

4 Todas las referencias de la *Teoría de los Sentimientos Morales* serán indicadas de esta manera, y se refieren a las páginas de la edición Liberty Classics, en que se encuentra la cita. La traducción es responsabilidad del autor, quien agradece la colaboración que recibió en esta tarea de Loreto Serrano.

uno más amplio, el de la naturaleza humana. Si fuera posible determinar la concepción de la naturaleza humana y la felicidad que sostiene Smith, también sería posible deducir qué tipos de Constituciones, o qué funciones de gobierno son las más adecuadas para promover la felicidad del hombre. Como Smith no cumplió su promesa de escribir un tratado en el cual "intentaría dar razón de los principios generales de la ley y del gobierno" (537), las conclusiones de este trabajo son más bien especulativas.

Por otra parte, el intento de precisar el concepto de naturaleza humana que Smith expone en *La Teoría de los Sentimientos Morales*, deja abierta la pregunta sobre la validez de ese concepto en el contexto de la *Riqueza de las Naciones*. Como es sabido, numerosos críticos de la obra de Smith, en particular alemanes, han señalado la contradicción que existiría entre la imagen del hombre expuesta en la primera de estas obras, caracterizada por rasgos como la benevolencia y la simpatía hacia el prójimo, y el énfasis puesto en rasgos egoístas como amor propio e interés personal, expresados en la *Riqueza de las Naciones*.

Este conflicto, conocido como *Das Adam Smith Problem*, no será abordado directamente en el presente trabajo.⁵ Sin embargo, el punto de vista aquí adoptado, supone que Smith no sólo no renunció al concepto del hombre expuesto en la *Teoría de los Sentimientos Morales*, puesto que editó una nueva versión de este trabajo después de publicada la *Riqueza de las Naciones*, sino que esta última obra fue escrita a la luz de las conclusiones expuestas en la primera. En otras palabras, la *Teoría de los Sentimientos Morales* señala el lugar preciso que ocupa el maximizador económico en la concepción general de la naturaleza humana, sostenida por Smith. En efecto, Smith afirma que el hombre es a la vez ser individual y ser social, y que tiene intereses tanto egoístas como sociales. Pero Smith tiene claro cuál de estas inclinaciones constituye la virtud superior: "sentir mucho por otros y poco por nosotros mismos, refrenar nuestras afecciones egoístas y dar expresión a aquellas benevolentes, constituye la proyección de la naturaleza humana" (71).

II. LA NATURALEZA HUMANA

1. El Universo como Sistema

Adam Smith concibe el universo como un sistema cuya finalidad se expresa en términos de orden, estabilidad, armonía y felicidad.

La primera referencia acerca del universo como sistema aparece en *La Teoría de los Sentimientos Morales* como una referencia a los estoicos: "Los antiguos estoicos consideraban que como el mundo estaba gobernado por la todopoderosa providencia de un Dios sabio, poderoso y bueno, cada hecho particular necesariamente formaba parte del plan del universo y tendía a promover el orden general y la felicidad del todo" (90). Agrega, además, que ninguna especulación de este

⁵ Véase, Jacob Viner, "Adam Smith and Laissez Faire", en *Adam Smith 1776-1826: Lectures to Commemorate the Sesqui-Centennial of the Publication of the Wealth of Nations*. (Chicago, 1928).

tipo puede disminuir nuestra aversión natural al vicio, cuyos efectos son tan destructivos.

Es razonable suponer que Smith se consideraba a sí mismo un hombre prudente, y que las características que definen a un hombre prudente también se aplican a sus escritos.⁶ Smith sostiene que un hombre prudente es siempre sincero, "pero aunque siempre es sincero, no siempre es franco y abierto; y pese a que siempre dice la verdad, nunca se siente obligado, cuando no se le solicita, a decir toda la verdad" (350). Si esta fuera la estrategia empleada por Smith al escribir, podemos preguntarnos por qué presenta como mera opinión la concepción del universo como un sistema. Existen a lo menos tres explicaciones posibles: pudo considerar que definir la noción de universo es una mera especulación, por cuanto no existe evidencia científica que pueda garantizar tal opinión; pudo tener dudas acerca de la existencia de Dios; y, finalmente, pudo pensar que la teoría que afirma que todos los hechos aislados necesariamente forman parte del plan del universo constituye una afirmación demasiado fuerte y mecanicista.

Hace una segunda referencia al universo como sistema mediante una afirmación inductiva. "En cada parte del universo observamos medios que se ajustan a través de los más refinados artificios a los fines que ellos se proponen producir; y en el mecanismo de una planta o de un cuerpo animal, se puede apreciar cómo todo está ideado para fomentar los dos grandes propósitos de la naturaleza, el sustento del individuo y la propagación de la especie" (168). Aquí, la idea es que podemos observar medios ajustados a fines que tienen un propósito determinado. Pero los ejemplos se limitan a plantas y animales, los cuales están contruidos de tal manera que fomentan los propósitos de la naturaleza. No hay referencias religiosas, y la aseveración está presentada como una generalización tomada de la experiencia, sin restricciones. La idea de una proporcionalidad entre medios y fines también parece ser una versión más débil del causalismo universal expresado en la primera referencia.

Smith hace luego una distinción entre causas eficientes y causas finales. Los engranajes de un reloj están ajustados al fin para el cual éste fue hecho; sin embargo, no se puede atribuir la causa final al engranaje, sino al relojero. Esto es verdadero no sólo para el funcionamiento de los cuerpos, según Smith, sino también para el de la mente. "Cuando gracias a principios naturales somos impelidos a fomentar aquellos fines que una refinada e ilustrada razón nos recomendaría, nos sentimos muy inclinados a imputar a esa razón, como su causa eficiente, los sentimientos y acciones mediante los cuales promovemos esos fines, y de imaginarnos que aquello es la sabiduría del hombre, en circunstancias que en realidad es la sabiduría de Dios". (168-169) Este parece un argumento religioso directo, pero la frase siguiente nos indica nuevamente que Smith no quiere comprometerse con un punto de vista teológico. Escribe que "desde una perspectiva superficial" Dios como causa "parece suficiente para producir los efectos adscritos a esa causa"; y luego agrega que "el sistema de la naturaleza humana parece más simple y

⁶ Este punto es significativo, dado el énfasis puesto por Leo Strauss en lo omitido, por temor a persecuciones, en los escritos de pensadores como Locke y Maquiavelo. Véase, por ejemplo, *Natural Right and History* (Chicago: The University of Chicago Press, 1955), Cap. V. y *Thoughts on Machiavelli* (Chicago: The University of Chicago Press, 1958, Cap. I).

agradable, cuando sus diferentes operaciones se deducen de esta manera de un solo principio" (169). En consecuencia, se puede concluir que la fundamentación teológica del sistema sólo parece ser útil por su simplicidad y conveniencia.

La siguiente referencia relativa al universo como sistema se encuentra en el conocido pasaje sobre la mano invisible.⁷ "Ellos (los ricos), guiados por una mano invisible, distribuyen las necesidades de la vida prácticamente de la misma manera en que se hubieran repartido si la tierra se hubiese dividido en partes iguales entre todos sus habitantes; y de este modo, sin habérselo propuesto, sin saberlo, fomentan los intereses de la sociedad, y proveen de los medios para la multiplicación de la especie" (304). La pregunta acerca de cuán teológica es la concepción del universo que Smith plantea parece difícil de responder, pero es más relevante, desde el punto de vista de la consistencia interna, la teleología universal implicada en todas estas afirmaciones; no sólo las plantas y los animales están concebidos para alcanzar propósitos, sino también el hombre, la sociedad, la moral y la economía. Se debe entender al universo y sus partes como órdenes autodeterminantes, como sistemas que buscan un equilibrio homeostático.⁸

En el capítulo sobre benevolencia universal, finalmente, Smith declara que "la idea del Ser divino, cuya benevolencia y sabiduría han conducido desde la eternidad a la inmensa máquina del universo, de manera que en todos los tiempos produzca la más completa felicidad que sea posible, es ciertamente de todos los objetos de contemplación humana, lejos el más sublime" (385). Pero, dado que "la más sublime especulación del filósofo contemplativo apenas puede compensar la negligencia del más pequeño deber activo" (386), Smith argumenta que debemos centrar nuestra atención en objetos que calcen mejor con nuestro conocimiento imperfecto. "La administración del gran sistema llamado universo, sin embargo, la preocupación por la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es tarea de Dios y no del hombre. Al hombre le concierne un comportamiento mucho más humilde, pero mucho más adecuado a la debilidad de sus poderes y a la estrechez de su comprensión, el cuidado de su propia felicidad, de aquella de su familia, de sus amigos, de su país" (386).

El sistema del universo está, por lo tanto, inclinado hacia la felicidad. La sola sospecha de que pueda estar plagado de miseria y de maldad es una idea tan terrible que Smith no estima necesario demostrar su falsedad (389). Lo que en este caso es cierto para el todo, también lo es para sus partes, y la naturaleza humana está concebida para fomentar y para promover la felicidad del individuo y de la sociedad.

2. *La Naturaleza Humana*

Smith parece haber abrigado la idea de que el estudio de la naturaleza humana tenía el carácter de ciencia, y que, por lo tanto, era posible su desarrollo. Cuando se refiere a la concepción de naturaleza humana de Hobbes, por ejemplo, afirma que éste llegó a sus conclusiones en una época "en que la ciencia abstracta de la

⁷ Véase: Joseph Cropsey, "The Invisible Hand: Moral and Political Considerations", en G. O'Driscoll, ed., *Adam Smith and Modern Political Economy* (Iowa State University Press, 1979).

⁸ Véase: J. S. Sorzano, "David Easton and the Invisible Hand" (*APSR*, Vol. LXIX, 1975).

naturaleza humana estaba en pañales, y antes de que las funciones precisas y los poderes de las diferentes facultades de la mente hubieran sido examinadas cuidadosamente y distinguidas unas de las otras" (505). También enfatiza Smith el carácter científico del estudio de la naturaleza humana cuando asegura al lector que *La Teoría de los Sentimientos Morales* trata sólo de hechos: "Debe también tomarse en consideración que la presente investigación no se preocupa de un asunto de derecho, si se me permite decirlo, sino de realidades" (152n).

No parece exagerado afirmar que todo el análisis presentado en la *Teoría de los Sentimientos Morales*, se basa en la suposición de que el hombre es, por naturaleza, un animal social. Bien puede no ser casual que inicie la obra con la siguiente frase: "Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros, de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de verla" (47).

Esta proposición inicial presagia ideas que se desarrollarán en el curso de la investigación: que el hombre tiene, por naturaleza, una disposición social; que mediante esta disposición busca la felicidad de otros, la que también le es necesaria; finalmente, que esta disposición no tiene un fundamento utilitario. Siguiendo este orden, analizaré primero la naturaleza social del hombre; luego, el papel de la imaginación y de la simpatía; y, por último, la inmediatez de tales sentimientos, como prueba de su fundamento natural, en contraste con la reflexión y la utilidad.

a) *La Sociedad y el Individuo*

Desde una perspectiva histórica, se puede argumentar que la obra de Smith representa un intento de conciliar el individualismo moderno con el énfasis y la importancia que los clásicos otorgan a la sociedad.

Desde esta perspectiva, es posible interpretar el pensamiento de Smith como un intento por superar los problemas del individualismo filosófico, por cuanto incorpora a esa visión del mundo una concepción del individuo que lo define como un ser social por naturaleza. Sin los otros, el hombre no cuenta con un "espejo" para ver sus propias acciones. "De ser posible que un hombre viviese en algún lugar solitario hasta llegar a la edad adulta, sin que tuviese comunicación alguna con otros hombres, le sería imposible pensar en su propia índole..." (204). Según Smith, nuestras primeras ideas acerca de la belleza y de la deformidad personal las obtenemos del aspecto y apariencia de otros, y lo mismo sucede con nuestras primeras críticas morales. Se puede concluir, en definitiva, que sin los otros, no existe una conciencia del propio ser.

En consecuencia, la relación entre el individuo y la sociedad se puede resumir de la siguiente manera: el hombre es una criatura social "que sólo puede subsistir en sociedad" (166); pero la sociedad no es la unidad de acción y de análisis, porque ella solamente es la suma de los individuos. Smith sostiene que "nuestra consideración por la multitud es una combinación de nuestra consideración particular hacia los diferentes individuos que la integran" (172). También postula que "por lo general, nuestra preocupación por la suerte y felicidad de los individuos no nace de una preocupación por la suerte y felicidad de la sociedad" (171). La preeminencia del individuo por sobre la sociedad significa, por lo tanto, que la

necesidad de otros es fundamentalmente una necesidad de individuos. En consecuencia, la definición que Smith nos da del hombre como animal social apunta más bien a un sentido gregario natural, que a una disposición política natural.

b) *Simpatía*

Smith afirma que nuestras relaciones con los demás están determinadas por la simpatía natural. Con ello se refiere, literalmente, a la compasión, i.e., "nuestro sentimiento de afinidad con toda pasión cualquiera que sea" (49,103). Como no tenemos experiencia inmediata de lo que otros sienten, solamente nos es posible hacernos cargo del modo como están afectados, imaginando lo que nosotros sentiríamos en una situación semejante. Dado que nuestros sentidos nunca nos llevan, ni pueden llevarnos más allá de nuestra propia persona, Smith sostiene que es solamente por medio de la imaginación que nos es posible concebir cuáles son las sensaciones de otro hombre (47).

Nuestra simpatía hacia las pasiones de otro hombre es, sin embargo, "extremadamente imperfecta" si es que desconocemos las causas que las motivaron. Smith concluye que "la simpatía nace, no tanto de la visión de la pasión, como de la situación que la provoca" (51). La situación en que se produce una relación con otro individuo y el papel de la imaginación son, por lo tanto, cruciales para el entendimiento de la simpatía. Mediante la imaginación nos ponemos en la situación de otro hombre, lo que nos permite sentir en "cierto grado" una emoción similar a la suya. Si el espectador imparcial siente una pasión con la misma intensidad que motivó la acción del agente, quiere decir que el espectador simpatiza con el agente y aprueba su acción considerándola idónea. El espectador experimenta simpáticamente la pasión del agente, y si la experimenta en el mismo grado, experimenta, además, el "sentimiento de aprobación".

Como para Smith una acción virtuosa es aquella que merece aprobación, consideró su doctrina original en la medida que evitaba la reducción última de toda aprobación a la utilidad. El sentimiento utilitario no es, para Smith, el resultado de las sensaciones y sentimientos, sino del cálculo y de la razón. En oposición a Hume, Smith creyó haber basado la moralidad solamente en las pasiones, en el sentimiento inmediato de simpatía.

Tal como afirmara anteriormente, la simpatía no puede separarse de la imaginación, y ambas en conjunto definen la sociabilidad natural del hombre. En consecuencia, se puede concluir que mediante el ejercicio de dos capacidades no racionales, la simpatía y la imaginación, cada hombre es impulsado a trascender su ser, a imaginarse estar en el lugar de otros y a participar vicariamente de los sentimientos de los demás. La tercera característica que define la sociabilidad natural del hombre es la necesidad de amor y de aprobación de otros. Estos tres elementos están contenidos en la proposición que dice que la naturaleza hizo al hombre para vivir en sociedad.

c) *Las Ilusiones de la Imaginación*

Siendo la imaginación una de las características que define el sentido social del ser humano, es, sin embargo, un mecanismo psicológico falible: gracias a él

somos víctimas de ilusiones, somos llevados a engaño y adquirimos nuevas pasiones.

El problema de la imaginación radica en que ella nos presenta una situación imaginaria, que evaluamos con nuestra razón y con nuestro juicio. Smith ilustra el problema con dos ejemplos: la pérdida de la razón y la muerte. En el primer caso, "la compasión del espectador deberá necesariamente surgir de la consideración de lo que él en persona sentiría viéndose reducido a la misma triste situación si, lo que quizá sea imposible, al mismo tiempo pudiera juzgarla con su actual razón y discernimiento" (52). A pesar de haber aquí una contradicción aparente, el hecho es que el hombre, según Smith, se imagina una condición que es loca y racional simultáneamente.

En el segundo ejemplo, Smith afirma que nos imaginamos la muerte en una condición que "tiene su origen en que asociamos ese cambio que le sobreviene (a un hombre), con nuestra conciencia de ese cambio; en que nos colocamos en su lugar, y en que alojamos, si se me permite la expresión, nuestras almas vivientes en sus cuerpos inanimados" (53). Y continúa afirmando que es precisamente de este engaño de la imaginación de donde surge el terror a la muerte, "uno de los principios más importantes de la naturaleza humana" (53). Smith describe el pavor a la muerte como "el gran veneno de la felicidad, pero, al mismo tiempo, como el gran freno de la injusticia humana (53), que, a la vez que aflige y mortifica al individuo, defiende y protege a la sociedad".

El temor "es una pasión derivada de la imaginación", porque no representa aquello que realmente sentimos sino "aquello que en el futuro podríamos llegar a sufrir" (79). Las ilusiones de la imaginación son, en consecuencia, nocivas para la felicidad del individuo, pero positivas para la sociedad.

A pesar de que Smith sostiene que el terror a la muerte es un principio universal de la naturaleza humana, reconoce que se puede superar. El hombre sabio y virtuoso, por una parte, no siente temor porque no sufre de las ilusiones de la imaginación. "La virtud humana es superior al dolor, a la pobreza, al peligro y a la muerte" (125). Los criminales, por otra parte, también pueden superar fácilmente el temor a la muerte (127). Ellos tienen muy poco sentido de la bajeza de su propia conducta, no tienen remordimientos y toman el castigo capital como un producto de su suerte. Pareciera razonable sostener que Smith considera que los criminales son hombres de una naturaleza anormal, no tanto porque pueden superar el temor a la muerte, sino porque no sienten remordimientos. Smith entiende la necesidad de aprobación como más fuerte que el temor. "Comparables con el desprecio de la humanidad, todos los demás males externos parecen fácilmente soportables" (125).

Teniendo en consideración que para Smith el temor a la muerte es una de las características centrales de nuestra naturaleza, resulta difícil comprender porqué afirma, al mismo tiempo, que éste puede superarse con facilidad.

Para resolver esta aparente falta de coherencia, conviene tener presente que la caracterización de la naturaleza humana que nos ofrece Smith reconoce, en primer lugar, la espontaneidad e inmediatez de ciertos impulsos básicos que Smith llama pasiones, siguiendo el uso de la época. Sin embargo, Smith sostiene que tales impulsos básicos pueden ser fomentados o inhibidos mediante el uso de la razón, así como también por la acción del espectador imparcial, es decir, la conciencia, que

recoge las convenciones sociales. Por lo tanto, cada persona puede perfeccionar su naturaleza mediante los recursos mencionados.

Ahora bien, es posible ordenar las diferentes afirmaciones que Smith hace sobre la naturaleza humana, clasificando a los hombres en tres categorías. En primer lugar, está la categoría que comprende a aquellos de naturaleza anormal. Siguiendo con el ejemplo de los criminales arriba mencionado, estamos aquí en presencia de una minoría que carece de la necesidad de aprobación, es decir, de aquellas características que definen al hombre como un ser social. Luego, está el grupo a que Smith normalmente se refiere cuando describe los principios de la naturaleza humana, es decir, a "la gran masa del género humano". Es este el grupo que responde más perfectamente a la caracterización que Smith ofrece de nuestra naturaleza; los que integran esta categoría sufren de las ilusiones de la imaginación, y buscan la riqueza y el poder. Finalmente, existe una minoría que tiene las características de una aristocracia natural y que está compuesta por los virtuosos y los sabios, los cuales logran perfeccionar su naturaleza al punto de poder desenmascarar las ilusiones de la imaginación.

Si bien es cierto que la primera categoría no es significativa para el análisis de *La Teoría de los Sentimientos Morales*, la distinción entre la segunda y la tercera categoría tienen gran importancia para una definición más acabada del concepto de naturaleza humana. Por ello, el próximo capítulo se ocupa de delinear las características distintivas de la aristocracia natural y de la gran masa del género humano, así como también a determinar las diferentes concepciones de felicidad que Smith les atribuye.

3. *La Sabiduría y la Virtud v/s la Grandeza y la Riqueza*

a) *Los Dos Caminos*

Smith expresa la convicción de que la libertad y la ambición son incompatibles. Sostiene que todos debemos elegir entre la servidumbre de la ambición, y la independencia de una vida libre. "¿Está usted seriamente resuelto a nunca trocar su libertad por la señorial servidumbre de una corte, sino a vivir libre, sin temor e independiente? Pues pareciera haber una manera de continuar con esa virtuosa resolución; y quizás sólo una. Nunca entre al lugar desde donde tan pocos han sido capaces de volver; nunca entre al círculo de la ambición" (122). El hombre que prefiere la libertad sigue el camino de la sabiduría y de la virtud; el hombre que entra al círculo de la ambición sigue a la gran masa humana.

La característica distintiva del sabio y del virtuoso es que no sufren las ilusiones de la imaginación que afecta a la mayoría de los hombres. Smith afirma que ningún hombre menosprecia el rango, la distinción y la preeminencia "a no ser que esté muy por encima, o bien hundido, muy por debajo de los patrones ordinarios de la naturaleza humana; a no ser que esté tan afianzado en la sabiduría y en la verdadera filosofía, como para estar satisfecho de que, mientras la idoneidad de su conducta lo convierta en el justo objeto de aprobación, poco le afectará el hecho de que no se le preste atención o de no tener la aprobación de los demás;

o está tan habituado a la idea de su propia maldad, tan hundido en la indolencia y la indiferencia, que olvida por completo el deseo y el anhelo mismo de superioridad" (123).

De esta cita se desprende que el sabio y virtuoso no requiere de la aprobación de otros, a pesar de que Smith piensa que éste es uno de los principios de la naturaleza humana, pues nos dice que la falta de aprobación "decepciona el deseo más ardiente de la naturaleza humana" (113). El sabio y virtuoso, en consecuencia, está liberado del círculo de la ambición, como también del deseo de aprobación. El sabio y virtuoso, más aún, es tan independiente que pareciera no necesitar a la sociedad, y su felicidad requiere sólo de la compañía de otros hombres sabios y virtuosos. "Para un hombre verdaderamente sabio, la aprobación sensata y madura de sólo un hombre sabio le satisface más plenamente que todos los ruidosos aplausos de diez mil admiradores entusiastas, pero ignorantes" (409).

Diferente es el caso para el grueso de la humanidad. A pesar de que Smith habla sobre el género humano en general, normalmente se refiere al "patrón ordinario de naturaleza humana". Según este patrón, "hacemos ostentación de nuestra riqueza y ocultamos nuestra pobreza, porque el género humano está dispuesto a simpatizar más plenamente con nuestras alegrías que con nuestras penas" (112). En resumen, el hombre busca la simpatía y la aprobación cuando aspira al poder y a la riqueza.

Nuestra admiración por los grandes de este mundo también se basa en una ilusión de la imaginación. "Cuando consideramos la condición de los grandes, pintada con engañosos colores por la imaginación, esta condición parece ser casi la idea misma de un estado perfecto y feliz" (114). De aquí surge, según Smith, nuestro deseo de ayudar a los ricos para "completar un sistema de felicidad que sea lo más cercano posible a la perfección" (114). Una de las consecuencias de esta disposición del género humano, de aceptar todas las pasiones de los ricos y poderosos, es que provee el fundamento "para la distinción de rangos y el orden de la sociedad" (115). Smith argumenta que la distinción de rangos, y el orden de la sociedad, son condiciones necesarias para la existencia de la sociedad; por lo tanto, la naturaleza debe haberle dado al hombre una inclinación natural a respetarlas; a pesar de que la sabiduría y la virtud constituyen el mejor criterio para la distinción de rangos, la gente común no reconocería diferencias en la sabiduría y en la virtud; el criterio del poder y de la riqueza, aunque menos deseable, es más seguro para la mantención del orden de la sociedad. "La naturaleza sabiamente ha juzgado que la distinción de rangos, la paz y el orden en la sociedad, descansarían con mayor seguridad sobre la simple y palpable diferencia del nacimiento y de la fortuna, en vez de sobre la diferencia invisible, y a veces incierta, de la sabiduría y de la virtud" (369). En resumen, los ojos del grueso de la humanidad, incapaces de discriminar, bien pueden percibir lo primero, pero no lo último. Por lo tanto, pareciera justificado concluir que "los prejuicios de la imaginación" no sólo constituyen el fundamento de la distinción de rangos y del orden en la sociedad, sino que, mediante ellos, la gran masa humana encuentra el impulso para mejorar su condición.

Smith define el sentimiento de admiración como aprobación, acrecentado por la maravilla y la sorpresa, siendo el aplauso su expresión natural (64, 81, 109).

Tal como se vio anteriormente, el objetivo de la aprobación es la admiración, o “el merecer, adquirir o gozar del respeto y admiración de la humanidad” (126). Por otra parte, Smith afirma que el objetivo de la ambición es el interés propio; que la ambición es una pasión que, cuando se mantiene dentro de los límites de la prudencia y de la justicia, es siempre admirada en el mundo (287). Siendo esto así, Smith señala que la queja de los moralistas de todos los tiempos ha sido “que la riqueza y la grandeza a menudo inspiran respeto y admiración, que corresponde solamente a la sabiduría y a la virtud”, y que el desprecio por el vicio y la insensatez son injustamente adjudicados a la pobreza y a la debilidad (126).

Es digno de destacarse el hecho de que Smith sostenga que la disposición a admirar la grandeza corrompe nuestros sentimientos morales. Siendo esta disposición la causa más universal de la corrupción de los sentimientos morales, es, al mismo tiempo, necesaria para establecer y para mantener la distinción de rangos y el orden de la sociedad. Aquí, como en tantos otros lugares, Smith recurre a la idea de que los vicios privados son virtudes públicas.

En principio, existen dos caminos que conducen a la adquisición de respeto y admiración: la riqueza y la grandeza, y la sabiduría y la virtud. “Tenemos dos caminos diferentes, que igualmente nos conducen a la obtención de este objetivo tan deseado; uno es el estudio de la sabiduría y la práctica de la virtud; el otro es la adquisición de riqueza y grandeza. Se nos presentan dos caracteres para nuestra emulación; uno de orgullosa ambición y ostentosa avidez; el otro, de humilde modestia y equitativa justicia. Se nos señalan dos modelos diferentes, dos cuadros según los cuales podemos moldear nuestro carácter y comportamiento” (127). Pero los dos modelos tienen una audiencia diferente. El grueso de la humanidad admira la riqueza y la grandeza, en tanto que sólo una parte pequeña y selecta constituida por los virtuosos y sabios, admira la sabiduría y la virtud.

Smith añade a lo anterior que “el respeto que sentimos hacia la sabiduría y hacia la virtud es, sin duda, diferente de aquél que sentimos hacia la riqueza y hacia la grandeza” (127). Pese a que observadores distraídos pueden no ver la diferencia, “el mérito sólido y real del primero difiere de ‘la presunción y vanidad’ del segundo” (127). Smith sostiene, en suma, que la sola riqueza y grandeza, abstraída del mérito y de la virtud, no merece nuestro respeto, a pesar de que casi siempre lo obtienen de aquellos que admiran a los ricos y poderosos.

b) *Felicidad y Verdadera Felicidad*

La grandeza y la riqueza son metas que presentan una imagen espuria de la felicidad, en contraste con la sabiduría y la virtud que conducen a lo que Smith llama “felicidad real”. En mi opinión, la connotación que Smith otorga al adjetivo “real” se refiere, en este contexto, al estado de felicidad del sabio y del virtuoso, y que el uso de la palabra “felicidad” sin el adjetivo se refiere, por lo general, a un patrón común de felicidad que sustenta la mayor parte de la humanidad. En particular, Smith sostiene que la condición de grandeza, tal como la retratan aquellos engañosos colores de la imaginación, es una falsa imagen de felicidad (114).

Quizás la principal característica que Smith atribuye al concepto de felicidad es la permanencia, la tranquilidad y la estabilidad. Sostiene, por ejemplo, que la completa tranquilidad es "el principio y fundamento de todo placer real y satisfactorio" (252). La estabilidad parece ser no sólo el estado preferido para todos los sistemas, sino también para la felicidad. Cuando se habla, por ejemplo, acerca de un hombre que, por algún repentino golpe de suerte, asciende a una condición de vida muy por sobre la que tenía, Smith sostiene que este cambio, pocas veces, conduce a la felicidad. "Si la mayor parte de la felicidad humana nace de la toma de conciencia de ser querido, como creo que sucede, estos repentinos cambios de suerte rara vez contribuyen mucho a la felicidad. Es más feliz aquél que avanza gradualmente hacia la grandeza..." (98). El orden y la estabilidad también caracterizan a la virtud. "El vicio es siempre caprichoso, sólo la virtud es regular y metódica" (368).

De este énfasis en la estabilidad se desprende que Smith considera que la felicidad es un estado natural y común del género humano (105, 218). El hombre, en otras palabras, parece tener pocas razones verdaderas para sentirse miserable, por cuanto existe un estado común y natural de felicidad. "A pesar de la actual miseria y corrupción del mundo, tan justamente lamentadas, aquél es el estado real de la mayor parte de los hombres" (105). Pareciera ser coherente con el pensamiento de Smith igualar este estado natural de felicidad con la felicidad real, vale decir, con esa felicidad que se puede lograr siguiendo el camino de la libertad, pero no el camino de la ambición. Algunas veces, sin embargo, Smith introduce elementos extraños a esta concepción natural de felicidad. "¿Qué se puede agregar a la felicidad del hombre que goza de buena salud, que no tiene deudas, y que tiene su conciencia tranquila?" Y agrega que "es correcto afirmar que para alguien en tal situación, todos los golpes de suerte son superfluos" (105). Se podría argumentar que en párrafos como éste, la idea de felicidad se acerca a la visión que la burguesía tiene del mundo, o a la mentalidad del tendero del siglo XVIII, de la cual Smith es acusado por sus detractores de ser su defensor teórico.

Smith agrega nuevos elementos a su concepción de felicidad, además de la permanencia y la estabilidad, al afirmar que la agonía y el dolor nunca son permanentes. Esto es así porque el hombre se acostumbra a las situaciones más desagradables y recupera, al final, su tranquilidad habitual. "La completa certeza con la que todo hombre, tarde o temprano, se acomoda a cualquiera que sea su situación permanente, puede, quizás, inducirnos a pensar que los estoicos estaban, por lo menos hasta este punto, muy cercanos a lo cierto; que entre una situación permanente y otra no había, con respecto a la verdadera felicidad, diferencia esencial alguna" (250). Smith concede, obviamente, que hay diferencias —algunas situaciones pueden ser preferidas a otras—, pero sostiene que estas diferencias sólo justifican una simple elección de preferencia, pero no un ansioso y serio deseo o aversión, ni la transgresión de las normas de la prudencia y de la justicia.

Cuando Smith define la felicidad en términos de tranquilidad y placer, la tranquilidad resulta ser la condición esencial. "Sin tranquilidad no puede haber placer; y donde existe absoluta tranquilidad no existe nada que no sea capaz de divertir. Pero, en toda situación permanente, donde no existan expectativas de

cambio, la mente de cada hombre, a la larga o a la corta, vuelve a su estado natural y usual de tranquilidad" (250). Se puede, por lo tanto, afirmar que la felicidad es una condición psicológica, o un estado mental de tranquilidad natural. Consecuentemente, la miseria, que es lo opuesto a la felicidad, surge del ansioso deseo de cambiar la situación presente por otra considerada mejor. En este sentido, la felicidad también tiene que ver con el conocimiento, con el hecho de no saber cuándo estamos bien (252).

"La gran fuente de miseria y de desórdenes de la vida humana nace de la sobrevaloración de la diferencia entre una situación permanente y otra. La avaricia sobreestima la diferencia entre pobreza y riqueza; la ambición entre un estado privado y uno público; la arrogancia, entre la oscuridad y una reputación conspicua" (250). Smith asevera que una persona bajo la influencia de cualquiera de estas pasiones no sólo se siente desgraciada en su situación, sino que, con frecuencia, está dispuesta a perturbar la paz de la sociedad con el fin de llegar a una situación supuestamente mejor. "La observación más superficial, no obstante, puede satisfacerlo, por cuanto en todas las situaciones comunes de la vida humana, una mente bien intencionada puede estar igualmente calmada, igualmente alegre e igualmente contenta" (251).

En suma, la verdadera felicidad está al alcance de aquellos que tienen la mente bien dispuesta, incluso de aquellos que ocupan las posiciones más humildes, y la única condición externa que Smith ve como necesaria para la verdadera felicidad es la existencia de la libertad personal (251).

Concluyo este capítulo argumentando que, de acuerdo con Smith, las posiciones más altas en la vida son inferiores a las más bajas con respecto a la seguridad que puedan proveer. A pesar de que existen placeres reales y satisfactorios en todas las posiciones, la falta de seguridad de los estados superiores, sin embargo, hace menos cierto que puedan disfrutarse. El poder y la riqueza, por lo tanto, no proporcionan una satisfacción real (302, 303). Los ricos y los pobres, "en lo que constituye la verdadera felicidad de la vida humana", están al mismo nivel (305).

III. EL SISTEMA DE GOBIERNO.

1. Introducción.

La Parte IV, Capítulo I, de *La Teoría de los Sentimientos Morales*, es particularmente significativa para la comprensión de la concepción de Smith de la política y del gobierno. Es allí donde Smith afirma que todas las constituciones de gobierno "son valoradas sólo en la medida en que tienden a promover la felicidad de aquellos a quienes gobiernan" (305). Siendo éste "su único uso y fin", los gobiernos, sin embargo, no alcanzan automáticamente esa meta y pueden promover, pero también perturbar, la felicidad del individuo, y de la sociedad (308).

El propósito de este capítulo es analizar las condiciones que convierten al gobierno en una institución que promueve la felicidad.

2. Economía y Política.

Smith concibe al gobierno como un sistema, como una máquina política cuyo engranaje debe moverse con armonía si se quiere lograr la felicidad (305). Pero lo que mueve al hombre a construir tal sistema de gobierno no se debe tanto a la búsqueda de la felicidad del pueblo, como al amor que siente por el sistema, lo que es un engaño de la imaginación.

Quizás la mejor manera de reconstruir el argumento de Smith consiste en analizar los aspectos principales de la Parte IV, Capítulo I, de *La Teoría de los Sentimientos Morales*. El texto comienza enunciando el argumento utilitario de la belleza. Smith señala que según esta posición, "la aptitud de cualquier sistema o máquina para alcanzar el fin para el cual fue construida, le confiere cierta propiedad y belleza al todo, y hace que su sola imagen y contemplación sean agradables..." (297). Sin mencionar su nombre, Smith afirma que Hume ve la causa del por qué la utilidad agrada, en la permanente insinuación del placer o de la conveniencia que un objeto está capacitado para promover. Siendo esto así, Smith, sin embargo, cree haber hecho una observación original, al sostener que no sólo el fin y la utilidad de un objeto, sino también los medios a través de los cuales se logra ese fin, son a menudo fuente de placer. "Pero, que yo sepa, nadie antes ha reparado en que esa capacidad, esa feliz disposición de todo artefacto sea, con frecuencia, más apreciada que el fin mismo para el cual fue construido; y asimismo, que el preciso ajuste de los medios para obtener una comodidad o placer es, a menudo, más apreciado que el logro de la comodidad o placer, y que parecería representar todo su mérito" (298).

En síntesis, a menudo no deseamos tanto esta o aquella comodidad, como la combinación de las cosas que la promueven. Smith eleva esta observación a la categoría de principio de la naturaleza humana. Dice, por ejemplo, que los hombres tienen la tendencia a gastar su dinero en baratijas de una utilidad frívola. Mas no solamente respecto de cosas frívolas influye este principio en nuestra conducta. Smith observa que "a menudo es el motivo secreto de las más serias e importantes ocupaciones de la vida privada y de la vida pública" (299).

La ambición conduce al hombre a la búsqueda de la riqueza y de la grandeza, pero al final éste descubre "que la riqueza y los honores son meras bagatelas de frívola utilidad, en nada más idóneas para procurar el alivio del cuerpo o la tranquilidad del alma que lo que pueden serlo los juguetes para el amante de fruslerías" (301). ¿Por qué entonces, distingue el espectador con tanta admiración la condición del rico y del grande? Descubriremos, dice Smith, "que no obedece tanto a la holgura y al placer que se supone disfrutan, cuanto a los innumerables artificios y galanos medios de que dispone para obtener esa holgura y ese placer" (302). El espectador ni siquiera se imagina que los ricos y poderosos son realmente felices, "se imagina que son poseedores de un mayor número de medios para alcanzar la felicidad" (302).

Si observamos los beneficios de la grandeza y del poder bajo una luz abstracta y filosófica, descubrimos que son "gigantescas y laboriosas máquinas destinadas a proporcionar unas cuantas insignificantes comodidades para el cuerpo" (302). Es nuestra imaginación, sin embargo, el fundamento que susten-

ta el principio establecido por Smith. Confundimos naturalmente en nuestra imaginación la verdadera satisfacción que las cosas nos pueden dar, "con el orden, con el movimiento uniforme y armonioso del sistema, con la máquina o economía por cuyo medio se produce" (303). Sólo desde este "punto de vista ficticio", desde el punto de vista de la imaginación, podemos considerar los placeres de la riqueza y del poder como algo que bien vale la pena tratar afanosamente de obtener.

Recurriendo a la tesis general de que causas valoradas negativamente tienen consecuencias positivas, pero no intencionadas, afirma que este engaño de la imaginación, que nos impone la naturaleza, tiene consecuencias beneficiosas. "Es este engaño lo que aviva y mantiene en continuo movimiento a la industria de la humanidad. Esto es lo que primero indujo al hombre a cultivar la tierra, a construir casas, a fundar ciudades y comunidades, y a inventar y a mejorar todas las ciencias y las artes que ennoblecen y embellecen su vida" (303). Más aún, este engaño de la imaginación conduce al terrateniente —la mano invisible— a fomentar los intereses de la sociedad, como una consecuencia no intencionada.

Smith, aplica luego este principio de la naturaleza humana, esto es, que valoramos más los medios que los fines, al reino de la política. "El mismo principio, el mismo amor al sistema, la misma preocupación por la belleza del orden, del arte y de la invención a menudo sirven para recomendar aquellas instituciones que tienden a promover el bienestar público" (305). Cuando un hombre de Estado o un patriota se esfuerza por perfeccionar algún aspecto del sistema político, sus acciones no siempre están motivadas por simpatía hacia la felicidad de sus conciudadanos, sino por amor al sistema. La contemplación de la perfección del sistema de gobierno nos complace, y nos interesa todo cuanto tienda a fomentarla.

Hay, según Smith, un cierto espíritu de sistema, que nos hace valorar los medios más que los fines, que nos induce a promover la felicidad de nuestros conciudadanos, "más bien desde una perspectiva tendiente a perfeccionar y mejorar un cierto sistema hermoso y ordenado, que a partir de una sensación o sentimiento de lo que ellos sufren o disfrutan" (306).

Existe un estrecho paralelo entre la motivación económica y la política. Ambas tienen su origen en el mismo principio. Si se quiere estimular la industria de un hombre que es poco ambicioso, Smith recomienda no describirle la felicidad del rico y poderoso, porque ello surtiría poco efecto. Si queremos tener éxito, le debemos describir la comodidad y la disposición de los distintos departamentos de sus palacios. Si no hay nada que impresione al hombre sin ambición, esto sí lo impresionará, asegura Smith. Lo mismo sucede si queremos implantar la virtud pública en el corazón de un hombre. Sería inútil informarle acerca de las indudables ventajas de que disfrutaban los integrantes de un Estado bien gobernado. Estas consideraciones, por lo general, no le causarán impresión alguna, y es más probable que lo podamos persuadir, si le describimos el gran sistema de la política que procura estas ventajas. Se debe mostrar, según Smith, cómo se pueden sortear los obstáculos, y cómo debe montarse el engranaje de la máquina de gobierno para que se mueva con más armonía y suavidad. Smith concluye que "es casi imposible que un hombre escuche un discurso de este tipo y

no se sienta animado con un cierto grado de espíritu público" (307). Y agrega que "nada promueve tanto el espíritu público como el estudio de la política" (307).

Smith nos entrega también una enumeración de las materias que comprende el estudio de la política: los diversos sistemas de gobierno civil, sus ventajas y desventajas, es decir, la política comparada; luego menciona "la constitución de nuestro propio país, su situación, el interés con respecto a las naciones extranjeras, su comercio, su defensa, sus desventajas, los peligros a que puede estar expuesta, cómo sortear uno y cómo defenderse de otro" (307). Aquí podemos reconocer los principales temas en la teoría política, del gobierno y de las relaciones internacionales.

Quizás vale la pena señalar que los asuntos que Smith menciona como campos de estudio de la política son mucho más amplios que las tres funciones de gobierno que Smith señala desde la perspectiva económica adoptada en *La Riqueza de las Naciones*. Estas funciones se refieren a las tareas mínimas de un Estado, pero el estudio comparado de los sistemas de gobierno apunta al problema fundamental de elegir el mejor sistema, o de mejorar las instituciones existentes.

Smith concluye la Parte IV, Capítulo I, afirmando que "los discursos políticos, si son justos y razonables y practicables, son de todos los trabajos especulativos, los más útiles" (307). Sirven para animar las pasiones públicas de los hombres y para forzarlos a buscar los medios para promover la felicidad de la sociedad.

Tal como se afirmara anteriormente, hay un estrecho paralelo entre la actividad económica y la política; ambas tienen su origen en los engaños de la imaginación y ambas contribuyen a la felicidad de la sociedad, como una consecuencia no intencionada del amor al sistema. Pero en tanto que la primera se esfuerza por la posesión de bienes materiales, la segunda intenta imponer una máquina de gobierno.

Desde la perspectiva de este Capítulo es fácil concordar con la idea de Cropsey de que, en el sistema de Smith, existe una estrecha conjunción entre la filosofía económica y la política, pero es difícil ver cómo la primera podría tender hacia el eclipse de la última. Aunque ambas tienen su origen en el mismo principio de la naturaleza humana, la industria y el espíritu público son cualidades diferentes, y no puede afirmarse que la última está incluida en la primera.

La afirmación, implícita en el argumento de Cropsey, de que el principio de la ciencia económica es también aplicable al reino de la política, no puede ser discutida adecuadamente sin incluir en el estudio *La Riqueza de las Naciones*. Pero en el análisis que presentaré a continuación, espero entregar algunos argumentos en contra de esta posición. En mi opinión, la diferencia principal entre la acción económica y la política es la siguiente: en el reino de la economía, el afán por la riqueza tiene consecuencias positivas para la sociedad, aunque éstas no sean intencionadas; por su parte, la actividad política exitosa requiere de sabiduría política, y las consecuencias positivas para la sociedad no siempre se dan, sino sólo cuando se establecen instituciones sabias.

3. *La Estabilidad y el Espíritu de Sistema*

Smith no concibe a la sociedad como compuesta de unidades atomizadas. Pese a que la unidad de análisis y de acción es el individuo, Smith lo imagina limitado por círculos concéntricos de identificación con otras personas. Junto al individuo está la familia, luego los órdenes y las sociedades, y, finalmente, el Estado, círculos que representan el límite habitual de lealtad. Estos límites de lealtad también son flexibles, y dependen de condiciones culturales, sociales y económicas.

El tamaño de la familia depende de la eficacia de la autoridad existente. Smith argumenta que "en los países pastoriles donde la autoridad de la ley no es suficiente para otorgar completa seguridad a todos los miembros del Estado, las diferentes ramas de la misma familia generalmente eligen vivir cerca los unos de los otros" (364). Su asociación se basa en la necesidad de defensa común. No ocurre lo mismo en los países comerciales, donde la autoridad de la ley es suficiente para proteger a todas las personas. Allí los descendientes de la misma familia se separan y se dispersan naturalmente. Smith generaliza estas observaciones al asegurar que "existe una progresiva menor preocupación por los parientes remotos en todos los países, en la medida en que este estado de civilización esté más firmemente establecido" (365). Es interesante acotar de que no es la actividad comercial, sino la vigencia de la ley lo que condiciona el tamaño de la familia, pese a que se podría argumentar de que la actividad comercial condiciona el establecimiento de la autoridad de la ley.

El siguiente círculo de lealtad está constituido por los órdenes y las sociedades. "Todo Estado independiente está dividido en muchos órdenes y sociedades diferentes, cada uno de los cuales tiene sus propios poderes particulares, sus privilegios, y de sus inmunidades" (376). El tipo de Constitución, según Smith, depende del número y del poder de los órdenes y sociedades. "La Constitución de un Estado depende de la conformación de los diferentes órdenes y sociedades que lo integran, y de la distribución de sus respectivos poderes, privilegios e inmunidades" (376). Smith sostiene, además, que la estabilidad de la Constitución depende de la habilidad de cada orden y sociedad en particular para mantener sus propios poderes. Una relación causal queda claramente expresada cuando Smith afirma que una Constitución "será necesariamente más o menos alterada, toda vez que cualquiera de sus partes subordinadas sea elevada por sobre o rebajada por debajo de cualquiera fuese su rango o condición previa" (377).

Pese a que Smith no elabora mayormente sobre lo que él llama "órdenes y sociedades", parece ser claro que estos grupos deben su existencia al Estado. Smith sostiene, por ejemplo, que "todos los diferentes órdenes y sociedades dependen del Estado al cual le deben su seguridad y protección" (377). En todo caso, Smith admite que puede desarrollarse una relación antagónica entre estos órdenes y sociedades, y entre ellos y el Estado. La prosperidad y la preservación del Estado puede requerir de una disminución de los poderes de algunos de ellos. El conflicto consiguiente, sin embargo, es útil, según Smith, porque "frena el espíritu de innovación" (377).

Smith nos presenta un enfoque conservador del cambio, y probablemente estaría de acuerdo con el principio de que cuando no es necesario el cambio, es

necesario no cambiar. Justifica el cambio sólo cuando el sistema ha perdido su estabilidad. Pero el conflicto entre órdenes y sociedades tiende a preservar esta estabilidad. Plantea que el conflicto "tiende a conservar cualquiera que sea el equilibrio establecido entre los diferentes órdenes y sociedades en que está dividido el Estado; y si bien a veces este conflicto pareciera que obstaculiza algunos cambios en el gobierno que pueden estar de moda y ser populares, contribuye, en realidad, a mantener la estabilidad y la permanencia de todo el sistema" (377).

Smith, caracteriza luego la estabilidad como una coincidencia de dos tendencias, el respeto y la veneración por la Constitución o a la forma de gobierno, y el deseo de convertir la condición de nuestros conciudadanos en la más feliz que sea posible. En tiempo de paz y tranquilidad, el apoyo al gobierno establecido parece ser el mejor recurso para mantener la feliz situación de nuestros conciudadanos. "Pero en períodos de descontento público, de facciones, y de desorden, estos dos principios diferentes pueden seguir un curso distinto, e incluso el hombre sabio puede estar dispuesto a pensar que es necesario alterar la Constitución o la forma de gobierno, que en la condición actual aparece plenamente incapaz de mantener la tranquilidad pública" (378). Sin embargo, Smith hace hincapié en que no es fácil decidir entre el restablecimiento del orden previo, o la instauración de uno nuevo. "Se requiere del mayor esfuerzo de sabiduría política" para tomar la decisión. En consecuencia, pareciera que el hombre sabio es el último en aceptar el cambio, porque le teme al peligroso espíritu de innovación.

Smith hace una distinción entre espíritu público y espíritu de sistema. El espíritu público tiene su fundamento en el amor a la humanidad, en el real sentimiento solidario. El espíritu de sistema, por otra parte, pese a que comúnmente se mueve en la misma dirección que el espíritu público, lo exalta hasta llevarlo a la locura del fanatismo (379). Las dos situaciones que proporcionan las mejores oportunidades para el despliegue del espíritu público son las guerras extranjeras y la facción civil. En el primer caso, el espíritu público está encarnado en la figura del héroe; en el segundo, en la figura del líder político. Y es el líder de un partido exitoso quien puede prestar a un país "un servicio mucho más esencial e importante" que un héroe. El líder político puede reestablecer y mejorar la Constitución, y "asumir el más grandioso y noble de todos los caracteres, el de un reformador y legislador de un gran Estado; y, mediante la sabiduría de sus instituciones, puede asegurar la tranquilidad interna y la felicidad de sus conciudadanos para muchas generaciones venideras" (378-379).

El espíritu de sistema parece florecer principalmente en períodos de turbulencias y desorden de facciones, y se mezcla con el espíritu público. Si el último se caracteriza por la moderación y el pragmatismo, el primero se caracteriza por la inflexibilidad, el fanatismo y el dogmatismo. Smith describe el espíritu de sistema como impulsado por dos fuerzas principales: descontento con la situación imperante e intoxicación con la belleza imaginaria de un sistema ideal que acabará, para siempre e irreversiblemente, con todas las inconveniencias y las miserias. El componente utópico del espíritu de sistema se expresa de la siguiente manera: "Los líderes del partido disconforme rara vez fallan en sostener algún plan de reforma plausible, el cual ellos pretenden que no sólo acabará con las inconve-

niencias y que aliviará de inmediato las aflicciones denunciadas, sino que impedirá para siempre cualquier retorno a inconveniencias y aflicciones similares" (379). Este programa de cambios a menudo requiere "alterar en alguna de sus partes más esenciales aquel sistema de gobierno bajo el cual los súbditos de un gran imperio han disfrutado de paz, seguridad e incluso de gloria durante el curso de varios siglos" (379). Smith claramente desaprueba los cambios radicales, y su argumento principal para rechazar tales intentos es la falta de experiencia, de moderación y de conocimiento del hombre de sistema.

No existe experiencia alguna que pueda probar las virtudes del sistema ideal, en contraste con el sistema antiguo, que puede haber operado durante varios siglos. Smith sostiene, en consecuencia, que los hombres de sistema están bajo una "ilusión común", y que los líderes de ese partido pueden convertirse en "las víctimas de su propia sofistería" (379).

La falta de moderación es la segunda característica negativa del espíritu de sistema. Es un espíritu violento que empleará la fuerza para el establecimiento del sistema nuevo, haciendo caso omiso de todos los ajustes razonables. Al comparar al hombre de espíritu público con el que tiene espíritu de sistema con respecto a la moderación, Smith nos ofrece la siguiente descripción: "El hombre cuyo espíritu público se inspira completamente en un sentido humanitario y de benevolencia, respetará los poderes y privilegios establecidos, incluso los de individuos, y más aún aquellos de los grandes órdenes y sociedades en que está dividido el Estado. Aunque va a considerar que algunos son, en cierta medida, abusivos, se contentará con moderar lo que a menudo no puede anular sin que haya violencia. Cuando no puede doblegar los firmes prejuicios de la gente mediante la razón y la persuasión, no intentará someterlos por la fuerza..." (380). En resumen, si el hombre de espíritu público "no puede establecer el bien, no desdeñará aminorar el mal", y "cuando no pueda implantar el mejor sistema de leyes, se esforzará por establecer el mejor que la gente sea capaz de soportar" (380). El hombre de sistema, por el contrario, parece imaginarse que puede ordenar a los distintos miembros de la sociedad como si fueran piezas sobre un tablero de ajedrez. Su error está en pensar que las piezas no tienen ningún otro principio de movimiento. Pero Smith afirma que "en el gran tablero de ajedrez de la sociedad humana, cada pieza tiene su propio principio de movimiento, completamente distinto de aquél que elija imponerle el poder legislativo" (381). Smith concluye ese argumento sosteniendo que estos dos principios de movimiento deben actuar en la misma dirección, si es que se quiere alcanzar la felicidad y la armonía. Si ellos actúan en dirección contraria o si son diferentes, la sociedad se encontrará en el más completo desorden.

El hombre de sistema, finalmente, se cree poseedor de la verdad. Smith concibe al hombre como poseedor de un conocimiento limitado e imperfecto. Empero, reconoce que "una idea general e incluso sistemática de la perfección de la política y de la ley puede, sin duda, ser necesaria para orientar las opiniones del hombre de Estado" (381). Pero insistir en establecer, a pesar de toda oposición, cada una de las partes del plan ideal de gobierno representa el más alto grado de arrogancia. "Ello equivale a erigir el juicio propio en el patrón supremo del bien y del mal" (381). Esta arrogancia intelectual, esta certeza de la superioridad

de su juicio, es la característica básica del hombre de sistema; él se convierte en un fanático y divide a la sociedad en facciones. A juicio de Smith, de todos los corruptores de los sentimientos morales, "el espíritu de facción y el fanatismo han sido siempre lejos los principales" (260).

El hombre de sistema, en consecuencia, como corruptor de los sentimientos morales, provoca la corrupción de la sociedad. Una sociedad corrupta se caracteriza por la pérdida de las buenas normas. El espectador imparcial está muy lejos, en tanto que el espectador parcial está a mano (257). La pérdida de buenos criterios significa que se desprecia lo positivo, las virtudes sociales y que predomina el vicio y la insensatez.

Dado que los cambios en el sistema político son peligrosos, y requieren de una gran sabiduría política, las sociedades corruptas parecen estar condenadas, según Smith, porque en ellas el espíritu público ha perdido, y no puede recuperar, su influencia política. Smith considera que esta animosidad entre facciones hostiles, sean civiles o eclesiásticas, es más feroz y abominable que la guerra entre naciones. En este contexto los hombres más sabios son detestados por los enfurecidos celotes de los partidos rivales (259).

Pareciera legítimo afirmar, en suma, que Smith considera el cambio como una empresa peligrosa que sólo puede tener éxito si se lleva a cabo con sabiduría política. Cuando surgen las facciones y el fanatismo, la sociedad se corrompe, el espectador imparcial desaparece, y lo reemplaza un espectador parcial, lleno de pasiones vengativas, de desprecio y de escarnio hacia el hombre sabio y virtuoso. Tales sociedades se encuentran al borde de la autodestrucción.

La estabilidad, por otra parte, se puede mantener mediante algunos ajustes moderados a un sistema que ha dado pruebas de que funciona. Dado que la principal preocupación de Smith es la estabilidad, es difícil ver cómo pueda pensarse que los principios de la ciencia económica sean aplicables para solucionar problemas de estabilidad y de cambio. La sabiduría política, concebida como la armonización de los dos principios de movimiento —sistema e interés propio— es más amplia que la economía, y los principios de buen gobierno no se pueden reducir a los principios de la ciencia económica, según *La Teoría de los Sentimientos Morales*.

IV. CONCLUSIONES

Las ideas que Smith expone en *La Teoría de los Sentimientos Morales*, en torno a las formas de la naturaleza humana y del gobierno, arrojan nueva luz sobre la concepción que generalmente se le atribuye sobre estas materias, siguiendo solamente la temática de *La Riqueza de las Naciones*.

En primer lugar, hay que destacar el carácter sistémico del pensamiento de Smith. El universo es un sistema, cuyas partes, interrelacionadas entre sí, buscan un equilibrio homeoestático. Así, el sistema es teleológico, porque tiene un estado preferido, que es definido en términos de equilibrio, armonía y felicidad. Los subsistemas que lo componen poseen las mismas características.

Para el caso de la acción humana, Smith postula una relación positiva entre las motivaciones individuales y las consecuencias sociales. El afán por alcanzar

poder y riqueza, es decir, un motivo egoísta, tiene consecuencias no intencionadas altruistas, porque promueve el bienestar de la colectividad. La famosa metáfora de la mano invisible nos muestra cómo opera el sistema social sobre la base de acciones individuales.

Smith aplica el mismo principio al análisis de la naturaleza humana. El hombre necesita de la sociedad para definir su propio ser, y está provisto de una inclinación natural de simpatía hacia los otros hombres. Sin embargo, el mecanismo de la imaginación, que es fundamental para la explicación del ser social del hombre, resulta ser falible. Con todo, Smith atribuye consecuencias benéficas a las ilusiones de la imaginación, pues éstas ponen en marcha el progreso material.

Sin embargo, las ilusiones de la imaginación, que afectan a la mayoría de los hombres, los inducen a equivocarse cuando enfrentan la elección entre ambición y libertad, pues la ambición no permite alcanzar la felicidad real.

Queda así de manifiesto que la imagen del hombre como maximizador económico debe ser entendida desde la perspectiva más amplia que ofrece el texto analizado. Smith valora negativamente, a pesar de sus consecuencias benéficas para la sociedad, la maximización de riqueza y de poder, que, según él, describe el comportamiento de la gran mayoría de los hombres.

Llama también la atención el lugar privilegiado que Smith asigna a virtud y a la sabiduría, como un medio para alcanzar la verdadera libertad y felicidad. Independientemente de la influencia estoica que, indudablemente, está presente en la obra, el lector no puede dejar de pensar que Smith está describiendo un ideal de vida que él mismo practicó, ya que no eligió ser un empresario, sino un intelectual de profesión.

Si bien es cierto que el tema de la política no recibe un tratamiento sistemático en *La Teoría de los Sentimientos Morales*, es posible establecer algunas conclusiones tentativas al respecto.

Tanto la motivación política como la económica tienen su origen en la ambición. Sin embargo, parece legítimo afirmar que, para Smith, la política es un arte, y que los principios de buen gobierno sólo pueden ser establecidos por un legislador sabio, prudente y respetuoso de la tradición. Esta concepción de la política como arte contrasta con aquella de la economía, que es presentada en términos de proposiciones científicas. Más aún, las políticas económicas que definen a la sociedad comercial, se inspiran en la idea de que dejando en libertad las motivaciones económicas individuales se acrecienta la riqueza nacional.

En el caso de la política, en cambio, no sólo la tarea de establecer instituciones sabias es prudencial, sino que también la labor permanente de armonizar las tensiones entre los diferentes órdenes y sociedades requiere de una acción de gobierno fundada en la experiencia.

Las instituciones políticas deben seguir el principio de movimiento de la naturaleza humana, es decir, deben convertir en beneficio público las motivaciones individuales fundadas en la ambición. Pero el legislador debe ser sabio, y, por lo tanto, estar fuera del círculo de la ambición.

Sin embargo, Smith atribuye especial importancia al hombre de sistema, es decir, al político empeñado en hacer realidad un sistema utópico, y a su capacidad de imponerse en períodos de inestabilidad. Así, es significativo que para Smith

la política como subsistema no funcione con el automatismo propio de los engranajes del reloj, ni que el hombre político, movido por la ambición de poder, genere consecuencias benéficas no intencionadas para el sistema.

Por lo anterior, es posible concluir que en *La Teoría de los Sentimientos Morales* existen elementos suficientes para afirmar que la concepción general de la política allí expuesta obedece a principios que deben ser distinguidos de aquellos que gobiernan la economía.